

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES SEDE ECUADOR
AREA DE ANTROPOLOGIA
PROGRAMA DE POSTGRADO EN ANTROPOLOGIA 1991-1993

Tesis presentada a la Sede Ecuador de la Facultad
Latinoamericana de Ciencias Sociales

por

HERNAN VIDAL ESPINOZA

Como uno de los requisitos para la obtención del grado de
Maestro en Antropología

PROFESOR ASESOR: BLANCA MURATORIO

Julio, 1993

A través de sus cenizas.

Imágenes etnográficas e identidad regional en Tierra del Fuego (Argentina).

Hernán Julio VIDAL.
Tesis para optar al grado de Maestro en Antropología
con mención en antropología andina.
Dirección: Blanca MURATORIO Ph.D.
FLACSO - Sede Ecuador

*Bahía Valentín
Where the maps are blank in the middle
and the mountains white with snow.
Where flames were the fur that people wore;
looking through their ashes
only the stone 'A' of the arrowhead
left of all their alphabet.*

Richard Kahn, 22/01/85

Contenidos

	pág.
Prefacio	1
Introducción: La antropología, más allá de los textos	4
Capítulo I: Panorama Regional	12
Capítulo II: De la antropología de Tierra del Fuego a la antropología fueguina	25
Capítulo III: Los indios fueguinos en la etnografía clásica	35
Capítulo IV: Los indios fueguinos en la antropología actual	58
Capítulo V: El consumo regional de la imaginería etnográfica	75
Conclusiones	94
Bibliografía	98

Ilustraciones

	pág.
Figura 1 Mapa del archipiélago fueguino, con la localización de los principales topónimos mencionados en el texto. Según Bondel (1988).	12/13
Figura 2 Distribución de los grupos etnográficos fueguinos hacia 1880. Según Chapman (1986).	14/15

Prefacio

Ciencia Peligrosa, Experiencia dificultosa. Recíbela con buen ánimo pues sin trabajo ninguno gozas de los muchos que en tan largo viaje Hemos experimentado.
B. G. y G. de Nodal, *Relación del viage...*

Este ensayo no está basado en un trabajo de campo -por más laxamente que se lo defina- sino, en gran medida, en mi relación práctica con la sociedad fueguina. En consecuencia, como otros antropólogos que intentan situarse en las incómodas posiciones feministas o *halfies*¹, acudiré a una estrategia reflexiva (e.g. Abu-Lughod 1988, 1991, Behar 1991a, 1991b, Limón 1991, Myherhoff 1980, Rosaldo 1989). Siguiendo a Myerhoff y Ruby (1992:310), entiendo por reflexividad el concebir la *producción de asertos comunicativos como la interconexión de ... tres componentes, a saber productor, proceso, producto y sugerir que el conocimiento de los tres es esencial para una comprensión crítica y elaborada*².

Esa reflexividad se nutre de elementos autobiográficos³. No se trata de una actitud meramente confesional o narcisista. Esas referencias autobiográficas tienen mucho que ver con la historia que quiero contar y con la posición y las experiencias desde donde la contaré. No quiero sugerir que los indios sean para los fueguinos lo que Geertz (1987) pretende que la pelea de gallos sea para los balineses. De hecho, esta es una historia que tiene un fuerte sesgo de biografía estamental y generacional (cf. Myerhoff 1980:322-3).

Por otra parte, desde mi arribo a Tierra del Fuego gocé de las ventajas y limitaciones que supone ser reconocido como un miembro de la comunidad moral que hoy quiero describir (cf. Abu-Lughod 1988:143-4, 1991:153). Mi relación con los otros actores sociales -

colegas, alumnos, amigos, vecinos, adversarios, jefes o subordinados, nunca informantes- tuvo lugar desde un espacio institucional y a partir de un status adscrito de clase, género, nacionalidad y profesión (cf. *ibíd.*, Fahim y Helmer 1980:646-7). Desde allí, mi papel supuso muchas más veces hablar -dar clase, escribir, responder consultas, participar en programas educativos de radio o televisión- que escuchar.

Tengo otro motivo para incluirme como sujeto de mi propia etnografía. Conozco la sensibilidad de algunos de mis colegas y no quiero que este trabajo sea reducido a un ataque a determinados antropólogos o prácticas antropológicas. Como lamenta Clifford, esas visiones estrechas empobrecen el debate, al evadir la *posibilidad de que haya ideas y cambios político-culturales-históricos que no pueden ser reducidos a guerras disciplinarias* (Clifford, com. a Sangren 1988:425).

Se trata, finalmente, de una historia pasada. Mientras escribía este ensayo la modificación de los flujos migratorios y de su composición, el crecimiento de una nueva generación de fueguinos nativos -los hijos de los inmigrantes (entre ellos los nuestros, Magdalena y Valentín)- y la provincialización del Territorio Nacional de Tierra del Fuego, estaban cambiando drásticamente las relaciones político-sociales y los ejes de construcción de identidad regionales.

Notas

1. Se han empleado diversas denominaciones: antropólogos locales, no-occidentales, nativos, indígenas, (Fahim 1982, Fahim y Helmer 1980, Jackson 1987, Limon 1991). Aquí he escogido el concepto que emplea Abu-Lughod (1991), *halfies*, para evitar los riesgos de una nueva esencialización y porque no he dado con una traducción al castellano que mantenga su amplitud denotativa. No se refiere solo a nativos y mestizos, sino más generalmente a aquellas personalidades escindidas en su pertenencia a los sectores dominadores y dominados -sujetos y objetos de una representación-, cualquiera sea el eje de esa dominación. Desde esta perspectiva, queda pendiente la cuestión de si existe tal cosa como un antropólogo *wholly* (cf. Asad 1980:661).

2. Todas las citas de originales en inglés son traducciones no autorizadas realizadas por quien escribe.

3. Respecto al creciente recurso a la autobiografía en antropología, véanse los trabajos reunidos por Okely y Callaway (1992).

Introducción

La antropología, más allá de los textos

No me pregunten quien soy ni me pidan que permanezca invariable: es una moral de estado civil la que rige nuestra documentación. Que nos deje en paz cuando se trata de escribir

M. Foucault, *La arqueología del saber*

En los últimos años los problemas involucrados en la redacción de textos etnográficos han pasado a hegemonizar la atención de los antropólogos. En los Estados Unidos en especial, desde la publicación de *Writing Culture* (Clifford y Marcus 1986) se ha producido un cambio paradigmático que hace imposible ignorar las cuestiones de traducción, redacción y poder involucradas en el trabajo etnográfico. Sin embargo, hay también razones de peso para desconfiar una concepción textualista, puramente literaria de la práctica antropológica. Quiero detenerme en algunas de ellas, dado que son particularmente relevantes para la contextualización teórica de este trabajo.

El concebir la práctica antropológica como limitada a la producción de textos etnográficos ha conducido a una nueva esencialización de la etnografía, reduciendo la política de la antropología a su poética (Abu-Lughod 1991:149, Fardon 1990:23). Esa concepción puede ser refutada inclusive desde un punto de vista estadístico. Un gran número de antropólogos hacemos o hemos hecho cosas bastante distintas que escribir etnografías y tales actividades no pueden ser separadas arbitrariamente de la definición de nuestra práctica (Fahim y Helmer 1980). Lo que es más grave, plantear que nuestra producción y nuestros productos acaban en la mera representación escrita supone aislarse artificialmente del lenguaje y las acciones de la vida cotidiana. A partir de los textos etnográficos -y otros productos- de los antropólogos tienen

lugar múltiples procesos sociales de apropiación, reelaboración y uso - deseados o no- en los cuales con frecuencia nosotros mismos participamos y respecto a cuyas implicaciones no podemos ser indiferentes.

Por otra parte, al tratar a toda etnografía como reflejo textual de un único patrón colonial, el neo-criticismo etnográfico¹ ha quedado capturado en -y ha completado la canonización de- un modelo centro-periferia. En él, como señala Chatterjee (1986:17), *el científico es siempre uno de 'nosotros': un antropólogo occidental, moderno, iluminado y auto-consciente (y no es relevante cual sea su nacionalidad o cual resulte ser el color de su piel)*. Al sacrificar la posicionalidad del investigador y la especificidad de investigar en momentos y lugares particulares, el resultado de su obsesión por la etnografía es, paradójicamente, una visión etnográficamente inespecífica de los textos etnográficos (Fardon 1990:23).

En su exploración -y celebración- de las alternativas creativas que ofrece el posmodernismo como posibilidad intelectual, los antropólogos textualistas han ignorado un número creciente de trabajos de autores locales, nativos o *halfies* que desafían las premisas de *Writing Culture* y ponen en cuestión la unidad epistemológica de la antropología (Abu-Lughod 1991, Fahim y Helmer 1980:649, Harsotck 1987, Limon 1991, Mascia-Lees et al 1989:15, Scott 1992:378). Lo cierto es que ambos fenómenos, nueva crítica y crecimiento progresivo de los discursos subalternos, son síntomas de una crisis de identidad de la antropología como institución cultural occidental (Scott 1992:378). Esa crisis de la autoridad etnográfica no es producto de una superación intelectual teórica o metodológica, sino *expresión directa de la fragmentación de la estructura hegemónica del sistema mundial ... el espacio de la antropología ha implotado. Su realidad centro-periferia se está desmoronando, y en consecuencia erosionando las bases de la capacidad occidental de representar al resto* (Friedman 1992:333).

Al ubicar a los actores sociales -incluidos nosotros mismos- en coordenadas históricas y posicionales precisas, los antropólogos *halfies* debemos enfrentar consecuencias políticas y éticas de nuestras representaciones que no son absueltas por la antropología posmoderna (Abu-Lughod 1991:137). Al intentar no establecer un límite jerárquico entre el yo y el otro, la cuestión de para qué audiencia se escribe -que pasa desapercibida para el neo-criticismo etnográfico²- adquiere una dimensión fundamental. Esa audiencia no está constituida sólo por antropólogos occidentales. Al estar *identificados con comunidades fuera de Occidente, o con subculturas dentro de él* [los antropólogos *halfies*] también deben rendir cuentas a los miembros educados de esas comunidades ... porque cuando presentan al 'otro' se están presentando a si mismos (ibíd.:142; cf. Nash 1975:226)³. Las antropólogas feministas han enfrentado largamente ese desafío en su intento por construir una perspectiva femenina (cf. Fraser y Nicholson 1990, Strathern 1987). El equilibrio a lograr no es fácil: *como una persona del Tercer Mundo educada en Oxbridge ... hablamos a la vez como el 'otro' socialmente constituido y como hablantes dentro del discurso dominante, incapaces de ubicarnos total o acriticamente en una de las dos posiciones* (Mascia-Lees et al 1989:35).

Estas observaciones no eximen de autocrítica a los antropólogos *halfies*. Como quedó dicho, no es posible plantear impunemente una concepción no autoconciente de la práctica antropológica (Rabinow 1986:254). Por el contrario, desde la posición que quiero asumir, la vigilancia debe ser redoblada. No sólo es necesario desprenderse de una perspectiva que nos lleva a pensarnos en posiciones ajenas. También es preciso abocarse a la interrogación respecto al espacio de nuestros propios procedimientos teóricos (Scott 1992:376). Para ello, es menester desplazar el énfasis de la dimensión textual -cómo "escribir cultura"- a una consideración más profunda de cuestiones de política etnográfica y de políticas de identidad (Friedman 1992:332, cf. Nash 1975, Polier y Roseberry 1989:246, Scott 1992).

El espacio de producción de identidad en especial, es el lugar clave de esta interrogación, en la medida que constituye el *operador dinámico que liga los procesos culturales y materiales. Es la fuente del deseo y, por lo tanto, de las motivaciones específicas que generan esquemas representacionales* (Friedman 1992:336).

Presentación del trabajo

Como destaca Abu-Lughod (1991:148) el análisis de las diversas conexiones entre una región y los antropólogos que trabajan en ella no puede ser tratado en general, sino en referencia a una situación específica. En consecuencia, para desarrollar esa perspectiva apelaré a una reflexión sobre mi experiencia como antropólogo en Tierra del Fuego entre 1980 y 1990⁴.

Este ensayo es una historia cultural -en el sentido de Fox (1991)- de las imágenes etnográficas construidas por los antropólogos en Tierra del Fuego⁵. El énfasis recae sobre su *creación por autores específicos, su difusión por individuos o instituciones actuales y su aceptación, rechazo o modificación en ambientes particulares* (Fox 1991:110). Por lo tanto, queda fuera de los objetivos la redacción de una etnografía o de una historia de la etnografía de Tierra del Fuego. Para los lectores no familiarizados con ellas, en el capítulo inicial se incluye un somero panorama de esos temas.

Aplicando a la cultura una metáfora económica (de Certeau 1984, cf. Marcus 1986:168), voy a considerar a esas imágenes como productos culturales, elaborados y reelaborados por antropólogos e instituciones y usados -consumidos- por la sociedad regional. De acuerdo a ese esquema, el texto se estructura en tres partes.

En primer lugar, se considera a los productores de esas

imágenes. Ese punto de partida no es arbitrario. En Tierra del Fuego, como en otras sociedades post-coloniales, antropólogos e historiadores hemos ocupado un espacio institucional propio en el polo de la producción-escritura (de Certeau 1984:xix), desde el cual nos hemos convertido en los proveedores de imágenes de pasado regional por antonomasia. Las fuentes de que disponen los actores sociales regionales para conocer y usar su pasado están condicionadas por el modo en que fueron producidas y reproducidas por los expertos para ponerlas a su disposición. Para tratar las conexiones culturales (i.e. ideológicas) de esa producción en el ámbito regional es preciso superar la manera "distinguida" de tratar a los especialistas, situándolos históricamente en el contexto político -tanto regional y nacional como académico- en que tuvieron lugar sus prácticas (Bourdieu 1983:12).

En segundo lugar, se tratan los productos, esto es, la imágenes del indio (y del pasado) construidas por los especialistas contemporáneos y el proceso por el cual fueron producidas. Para ello es preciso partir de las imágenes clásicas de las que se nutrieron. Eso no supone hacer un análisis detallado de la extensa bibliografía antropológica regional⁶ sino delinear una genealogía de la imaginería etnográfica fueguina y ubicarla en la historia regional y en la trayectoria intelectual de la antropología. Al considerar a los textos antropológicos no como meras fuentes, sino como productos culturales de un contexto específico, se hace posible revisar el proceso simbólico por el cual esa materia prima fue reprocesada por los antropólogos contemporáneos. Ese reprocesamiento preconfiguró el rango de modalidades de lectura y consumo de esas imágenes.

El resultado de esa reelaboración ha quedado plasmado en la representación del indio exhibida en el museo regional. El Museo del Fin del Mundo, fundado en 1978, es el núcleo del sistema de instituciones culturales por medio de las cuales el Estado se apropió del pasado y a la vez la más "democrática" de ellas, dado

que no requiere de ceremonias sociales para su acceso (Bourdieu 1991:270, Handler 1985). Esas razones lo constituyeron en una maquinaria privilegiada de construcción de identidad regional (Duncan 1991:103).

Finalmente, se considera su proyección más allá del campo académico, a través de algunos de los usos de esas imágenes por parte de los actores sociales regionales. En este punto es preciso introducir la salvedad de que no se los considera meros consumidores finales pasivos de la producción intelectual. Por el contrario, su participación en el proceso cultural es sumamente activa. Como señala de Certeau: *la presencia y circulación de una representación (enseñada por predicadores, educadores [antropólogos] y difusores ...) no nos dice nada de lo que es para sus usuarios ... [Sólo analizando] su manipulación por los usuarios que no son sus productores ... podemos captar la diferencia o similitud entre la producción de la imagen y la producción secundaria oculta en el proceso de su utilización (ibíd.:xiii).*

En ese caso, se argumenta que la práctica y producción de los antropólogos sirvió a la construcción y legitimación de un discurso de autoridad local frente a la nación (y con su complicidad). Según mi interpretación, ese discurso estuvo destinado a producir las imágenes de identidad requeridas por la constitución de un nuevo grupo hegemónico regional.

Notas

1. El rótulo de antropología posmoderna es una simplificación que reúne a un grupo heterogéneo (Clifford 1988:425, Fardon 1990:6, Friedman 1992:426, Rabinow, com. a Sangren 1988:429). La denominación de neo-criticismo etnográfico (Fardon 1990:4) se refiere más acotadamente a los autores que manifiestan un interés más literal por la construcción textual de la antropología como disciplina académica (ibíd.:5). La práctica de la antropología vista desde la redacción de etnografías es el tema central -y recurrente- en torno al cual se articulan los principales elementos de consenso entre los autores de esta corriente (Fardon 1990:9, Reynoso 1989:27). Respecto al origen de este movimiento, véase Fardon (1990), Reynoso (1989) y Sangren (1988). La obra de James Clifford ha jugado un papel fundamental en la definición de esa crítica y en la difusión de un nuevo vocabulario para los análisis literarios de etnografías. Otros conspicuos integrantes de ese núcleo textualista que participaron del Simposio de Santa Fe son Michael Fischer, George Marcus y Stephen Tyler. A ellos se han sumado, con matices y diferencias, Vincent Crapanzano, Dick Cushman, Marilyn Strathern y el mismo Clifford Geertz, entre otras figuras destacadas (Reynoso 1989:28).

2. Véase, por ejemplo, la crítica de Mascia-Lees et al (1991:25) a *Identity in Mashpee* (Clifford 1988).

3. Desde el nacimiento de la etnografía se reconocieron las ventajas de los antropólogos nativos en cuanto a la traducción transcultural (cf. Leclerc 1972, Malinowski 1953, Nakhleh 1973, Schneider 1968). Sin embargo, sus trabajos siempre han ocupado un lugar secundario en la historia intelectual de la disciplina (Asad 1980:662, Behar, com. pers., Fahim y Helmer 1980:644, Hsu 1970). Esa discriminación se fundamentó en una serie de prejuicios, entre ellos la presunta imposibilidad de ser objetivo respecto a la propia sociedad y la naturaleza necesariamente parcial de las representaciones desde adentro (Abu-Lughod 1991:139, Fahim y Helmer 1980:645). Sin embargo, a la luz de lo que Abu-Lughod llama efecto Rushdie (ibíd.:141), se hace evidente que todos, occidentales, nativos o *halfies* estamos involucrados en un mundo político e histórico y ocupando una posición específica vis-à-vis la comunidad que está estudiando (ibíd.:142, cf. Littlewood 1992:91).

4. Como es usual en Argentina - y también en Estados Unidos-, estoy considerando a la arqueología como uno de los subcampos de las ciencias antropológicas (e.g. Binford 1962, Longacre 1970, Spaulding 1973, Taylor 1948, Willey y Phillips 1958). Esto no supone pensar que se trata de una relación no conflictiva (cf. Gumerman y Phillips 1978).

5. Respecto a la noción de imagen etnográfica de lugar véase Fardon (1990:26) y Strathern (1988) El adjetivo "etnográficas" hace referencia a la naturaleza del objeto representado y no a la perspectiva la representación. En ellas se incluyen las representaciones de los indios fueguinos elaboradas por los especialistas, sean estos etnógrafos, arqueólogos o historiadores.

6. Cooper (1917), Chapman (1986), Gusinde (1982, 1986) y Piana (1984), entre otros autores, ofrecen bibliografías más o menos completas y comentadas.

Capítulo I

Panorama regional

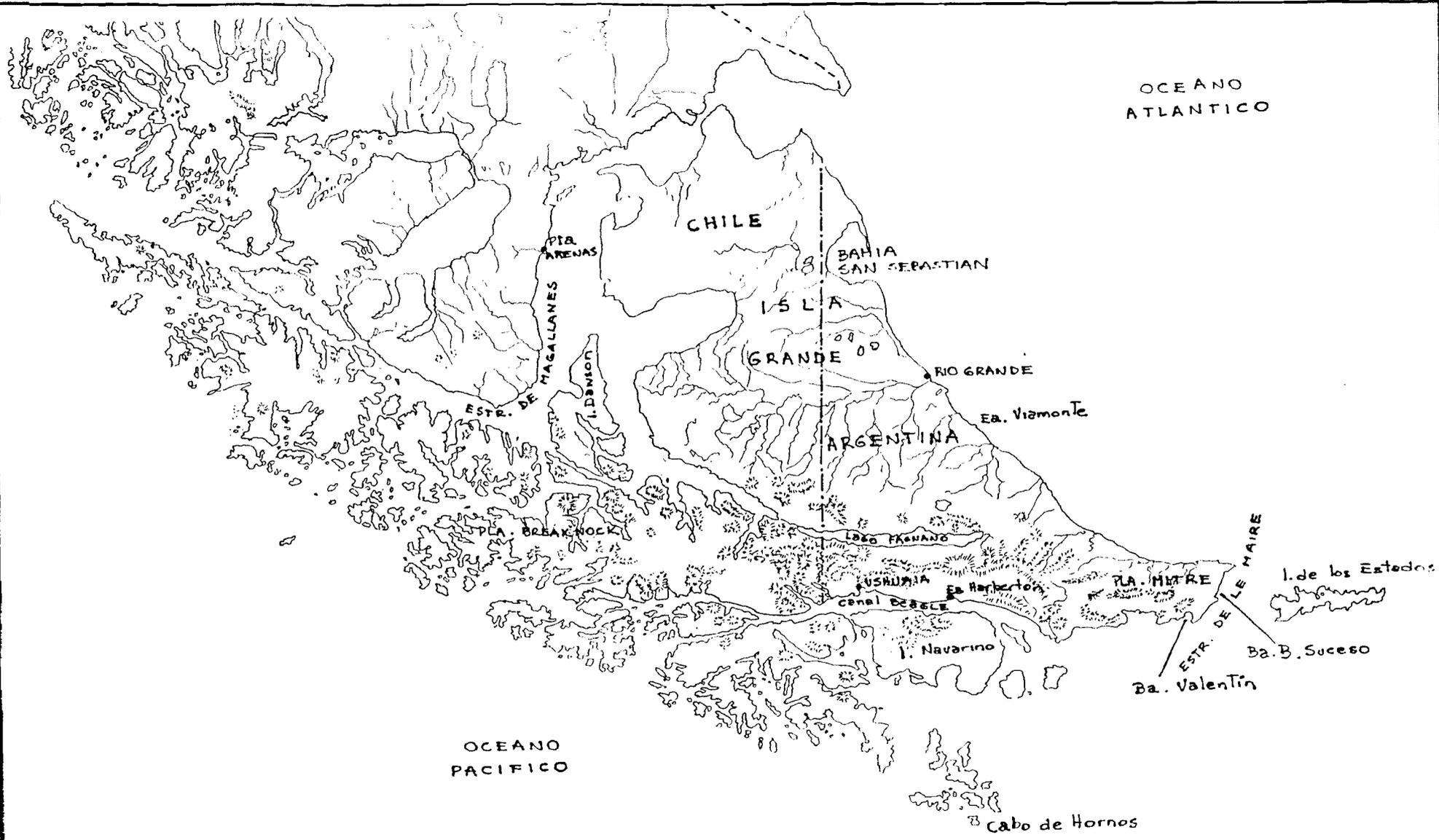
Ambiente y prehistoria

Siglos vendrán en la tardía edad del mundo en que el océano aflojará su cerco y aparecerá la tierra en toda su grandeza. Thetis develará nuevos continentes y Thule ya no será el último término del mundo¹.

L. A. Séneca, *Medea*

El archipiélago de Tierra del Fuego, ubicado en el extremo meridional americano, entre los 52° 27' y los 56° LAT S, constituye la tierra emergida no antártica de más alta latitud austral. Por la excentricidad de su posición relativa y, en consecuencia, su marginalidad respecto de la biósfera (Morello 1985:21), presenta rasgos de excepcionalidad ecológica cuyo análisis no ha sido agotado en los estudios desarrollados hasta el presente (i.e. Auer 1958, Bondel 1985 y 1988, Burgos 1985, Bianciotto y Korembli 1989ms, Collantes et al 1989ms, Pisano 1977)².

El archipiélago está compuesto por una isla mayor -la Isla Grande de Tierra del Fuego- y una cantidad de islas e islotes menores, con una superficie total de aproximadamente 70.000 km², de los cuales 48.000 Km² corresponden a la Isla Grande. Uno de sus rasgos topográficos más contrastantes con el resto del continente es el cambio de orientación de la cordillera de los Andes, que corre en dirección oeste-este. El área andina comprende dos tercios de la superficie emergida del archipiélago, y se asocia con litorales recortados y cubiertas boscosas. Hacia el norte se distingue un área de llanos y terrazas fluvio-glaciares extraandinas, vinculada con una vegetación esteparia de pastizales y con litorales lineales (fig. 1).



OCEANO ATLANTICO

CHILE

BAHIA SAN SEBASTIAN

ISLA GRANDE

RIO GRANDE

Ea. Viamonte

ARGENTINA

ESTR. DE MAGALLANES

LA. ARENAS

I. DONSON

LA. BREAKNOCK

Lago FANANO

USHUAIA

Canal Beagle

Ea. Harberton

LA. MARE

I. de los Estados

Ba. B. Suceso

Ba. Valentín

ESTR. DE LE MAIRE

I. Navarino

OCEANO PACIFICO

Cabo de Hornos

Hasta el inicio de la colonización occidental, Tierra del Fuego fue ocupada exclusivamente por sociedades nómades, de economía cazadora recolectora y tecnología relativamente sencilla. Los registros radiocarbónicos más antiguos remontan la presencia humana en las estepas del norte de la Isla Grande a hace algo más de diez mil años³. Hasta poco antes el Estrecho de Magallanes no interrumpía la continuidad con la Patagonia continental (Porter et al 1984).

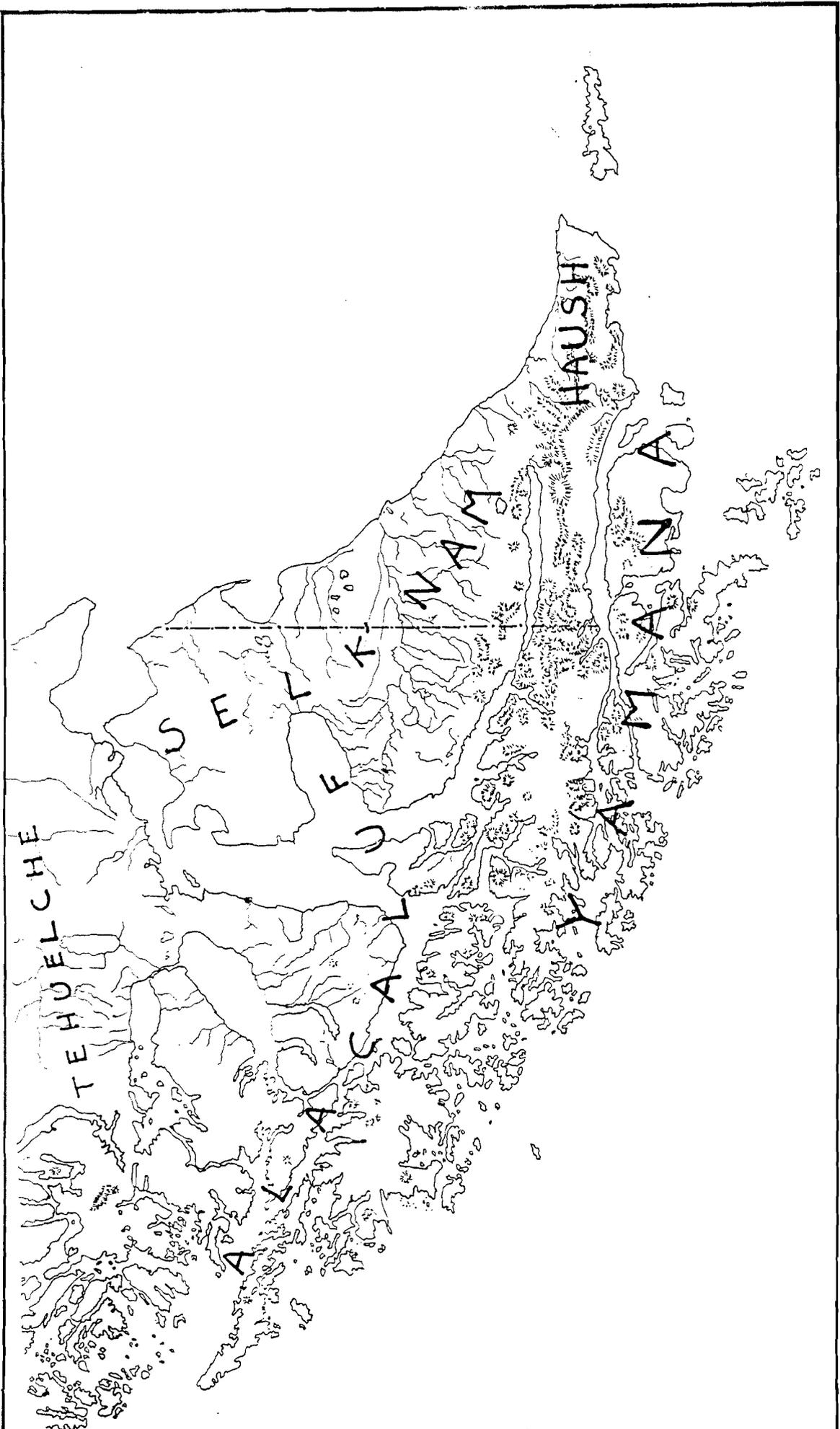
De acuerdo a Orquera (1987:12), la adaptación genéricamente indiferenciada de los primeros pobladores chilotees patagónicos habría dado origen a una serie de especializaciones ambientales divergentes, estimuladas probablemente por cambios climáticos y/o modificaciones en la relación población/recursos⁴. En el sur de la Patagonia continental -y quizás en el norte de Tierra del Fuego- algunos grupos (i.e. fase Magallanes IV) mantuvieron una economía orientada al aprovechamiento de recursos terrestres, principalmente el guanaco, sin grandes modificaciones tecnológicas (ibíd:13, Bird 1938, Massone 1981). Por el contrario, el litoral archipelágico sudoccidental, caracterizado por una elevada productividad ecológica, podría haber sido el escenario donde surgió una economía marcadamente divergente, caracterizada por una fuerte dependencia respecto a los recursos litorales: pinnípedos, peces, moluscos y aves marinas (Orquera et al 1984)⁵.

Las escasas secuencias arqueológicas conocidas tienen a señalar que ambas tradiciones evolucionaron de modo muy lento. Más allá de algunos cambios tecnológicos y/o estilísticos, no existen evidencias de modificaciones en la intensidad de explotación de los recursos. Sobre esa base, Orquera (1987:14) sugiere que hace unos seis mil años los habitantes del extremo sur habrían alcanzado una situación de equilibrio con el medio ambiente, sin sufrir grandes presiones internas ni externas. Ese presumible equilibrio habría perdurado hasta las alteraciones producidas por la presencia marginal de europeos, en particular desde fines del siglo XVIII.

Panorama etnográfico

Como resultado de ese proceso, a la llegada de los europeos la población fueguina no era homogénea física, lingüística ni culturalmente. El centro, norte y este de la Isla Grande eran ocupado por cazadores pedestres, vinculados racial y lingüísticamente con los Tehuelches meridionales (Cooper 1946a, Chapman 1986), que basaban su subsistencia en la caza del guanaco. La estepa y la región boscosa eran ocupadas por los *Selk'nam* (onas) y el extremo sudoriental de la Isla Grande por los *Haush* o *Manekkn* (Chapman y Hester 1973, Vidal 1991). El litoral sud y occidental era ocupado por grupos de cazadores litorales, que se movilizaban en canoas de corteza. Probablemente eran afines a los chono, que ocuparon los archipiélagos del litoral occidental patagónico hasta fines del siglo XVIII. Las islas y canales desde el Cabo de Hornos hasta el Canal Beagle, entre su boca oriental y península Breacknock eran ocupados por los cinco subgrupos dialectales *Yámana* (*yaghán*) (T. Bridges 1893, Gusinde 1986, Hyades y Denniker 1888). Finalmente, el collar de archipiélagos occidentales, al norte de península Breacknock y hasta más allá del Estrecho de Magallanes, eran habitados por los *Alacaluf* o *Qawashkar*⁶ (Chapman 1986:15-17, Emperaire 1963, véase fig. 2). Pese a que la interacción interétnica era muy activa en algunos sectores del archipiélago, cazadores pedestres y canoeros mantuvieron contrastes muy marcados en la orientación de su economía, su lengua y aspecto físico.

A la llegada de los europeos, estos pueblos habían alcanzado una densidad de población notablemente elevada para economías cazadoras-recolectoras. De acuerdo a la estimaciones más confiables, hacia 1880 -cuando se desata violentamente la ocupación del archipiélago- la población aborígen fueguina en total superaba los diez mil habitantes⁷. Debido a esa perduración, Tierra del Fuego fue una de las pocas áreas del mundo en que sobrevivieron sociedades cazadoras-recolectoras en su hábitat natural y con su cultura tradicional hasta los tiempos modernos (Murdock 1968:19).



Los primeros encuentros

Durante tres siglos a partir del viaje de Magallanes, la competencia de las potencias europeas por el control del comercio y las vías de circulación desató un número creciente de expediciones a Tierra del Fuego. Sin embargo, el mundo europeo se interesó sólo por sus costas, canales y pasos interoceánicos (Rodríguez U. 1990ms:54, Taiana 1985). Los contactos con sus habitantes, signados por la violencia desde el comienzo (e.g. Sarmiento de Gamboa 1950), fueron encuentros puntuales y esporádicos en las costas de los pasos más frecuentados.

A fines del siglo XVIII los europeos iniciaron la primera explotación rentable en el Atlántico sur: la caza de mamíferos marinos. A partir de entonces los indígenas fueguinos comenzaron a sufrir una competencia que reducía rápidamente los stocks de lobos marinos y cetáceos. La explotación alcanzó tal magnitud que para 1890 los lobos marinos de dos pelos, *Arctocephalus australis*, uno de los recursos principales de los aborígenes fueguinos, habían sido virtualmente aniquilados y los últimos grupos se habían refugiado en zonas inaccesibles del litoral sudoccidental (de Agostini 1929, Martinic B. 1973, Vidal y Winograd 1986).

El final de este ciclo lo marcó la nación que claramente había tomado la delantera. Las expediciones hidrográficas enviadas por el Almirantazgo inglés en 1826 y 1832 abrieron al mundo el canal de Beagle y proveyeron la clave para acceder a sus habitantes. *Fuegia Basket*, *Jimmy Button* y *York Minster*, tres jóvenes indios secuestrados en el primer viaje, fueron devueltos a su lugar de origen en el segundo. Las impresiones recogidas en ese mismo viaje por el joven naturalista de la expedición, Charles Darwin, marcarían profundamente las imágenes etnográficas posteriores.

Tras varios intentos frustrados, la South American Missionary Society, fundada en Londres por el Capitán Allen Gardiner e

instalada en las Islas Malvinas -ocupadas por la corona británica pocos años antes- logró establecer contacto con Jimmy Button y, en 1869, instalar una misión en la bahía de Ushuaia. Ese fue el primer asentamiento permanente en territorio fueguino (Samm 1869, 1870, Canclini 1980b, 1980c).

La colonización

Si la historia del descubrimiento había sido protagonizada casi exclusivamente por Europa, la de la colonización es una historia argentina y chilena. La decisión de integrar el territorio patagónico a los espacios nacionales, a mediados del siglo XIX, respondió a las necesidades de expandir la frontera económica pecuaria. En el caso argentino se enmarca en la llamada Conquista del Desierto, empresa nacional, matriz e institucionalización de la "República Conservadora"⁸.

Entre 1885 y 1925 el desarrollo regional tuvo lugar de modo relativamente autónomo respecto a los centros de poder, población y capital de los dos países (Martinic 1982, 1988). La economía regional de esos años se caracterizó por su articulación directa al sistema mundial a través del mercado lanero, la recepción de migrantes europeos y, en especial, el tráfico interhemisférico por el Estrecho de Magallanes. De acuerdo a Martinic (1977), en 1913 el puerto de Punta Arenas recibía una media de cuatro barcos diarios. Como resultado de ello, el frente económico⁹ se constituyó a partir de capitales regionales con sede en Punta Arenas. Ese puerto chileno, fundado en 1848, se convirtió en el polo en torno al cual se estructuró el espacio regional, a uno y otro lado de la frontera. Estos factores posibilitaron que, en pocos años, un grupo empresario regional controlado por una única familia, monopolizara prácticamente toda la actividad económica regional (Belza 1975, 1977, Martinic B. 1982, 1985, 1986, 1988).

En consecuencia, Tierra del Fuego es la única porción del territorio argentino que ha sido colonizada desde un país vecino (Imaz 1972:5). Esta peculiaridad no es meramente anecdótica. El proceso de colonización tuvo como marco la tensión generada por los constantes conflictos entre los dos países por cuestiones limítrofes. De hecho, las puertas de la colonización sólo se abrieron en 1881, cuando el Tratado General de Límites les dió solución temporalmente (Imaz 1972:7). Esos litigios han dejado una marca muy fuerte en la región, reconocible tanto en la concepción geopolítica de la colonización como en la relevancia que adquirió la frontera como eje principal de organización -y representación- del espacio regional.

Ese modelo de desarrollo entró en crisis a fines de la Primera Guerra Mundial. La caída del precio internacional de la lana -que junto con la concentración monopólica hizo disfuncional al latifundio ovejero-, la apertura del canal de Panamá y la subordinación de los intereses regionales a los de las regiones centrales de los dos países, fueron los causantes principales de esa crisis (Butland 1957, Martinic 1982, 1988, Rodriguez U. 1990ms:55).

Las condiciones de aislamiento de la región se vieron agravadas en los años siguientes. Como se ha sugerido en otra parte (Koremblit et al 1990:80), la combinación de su situación geográfica marginal con otros factores, como la dependencia de la economía regional respecto del mercado mundial, han determinado que la breve historia fueguina esté marcada por fuertes discontinuidades y cambios violentos. Esos factores, asociados a la falta de arraigo y a la hipertrofia de las razones económicas de la migración, hacen de la variable demográfica un indicador sumamente sensible de esa fluidez. La inestabilidad de la demografía absoluta y de la composición relativa de la población reflejan con inmediatez las consecuencias de esos cambios, a través de la apertura o cierre de flujos migratorios de distinto origen, naturaleza y dirección.

Crónicas del etnocidio

Una vez iniciada la colonización, el etnocidio fue tan rápido como el desarrollo capitalista de la región. Para 1915-20 estaba definida la estructura productiva colonial (Bondel 1985, Martinic 1982, 1985). Para entonces se habían incorporado a la producción la casi totalidad de las tierras aptas para la ganadería, alcanzando los máximos valores históricos de stocks ovinos (Belza 1975:271, Bondel 1988, Martinic 1988:16 y 27). A modo de indicador cronológico, se puede señalar que los últimos rituales de iniciación fueguinos -ejes de la vida social y religiosa aborigen- se celebraron entre 1923 y 1935 (Chapman 1986, Gusinde 1982 y 1986). Para dar cuenta de las relaciones interétnicas en la parte argentina de Tierra del Fuego en ese lapso es preciso distinguir dos momentos y dos regiones, el sur, ocupado por los canoeros yámana y el norte, ocupado por los Selk'nam.

Hasta inicios del siglo XX, la instalación de los primeros asentamientos, la exploración del interior de la Isla Grande y la rápida ocupación de la tierra, dieron lugar a dos procesos contradictorios. Mientras los colonos desataban una guerra abierta contra la población indígena, los misioneros intentaban concentrarla en torno a los asentamientos colonizadores. En el sur, la eficiente acción de los misioneros anglicanos alcanzó en cierta medida su objetivo, favorecida por su inicio temprano, el apoyo de los representantes nacionales y la escasa aptitud del área para la cría de ovinos. Esos factores aparentemente permitieron reducir los hechos de sangre a algunos encuentros con loberos o buscadores de oro en las áreas más alejadas (Chapman 1986:54, Fitz Roy, 1839:149 y 220, Paz 1885). Para 1881, el *Christian Village* de Ushuaia era un pequeño villorio con alrededor de ciento cincuenta yámanas sedentarios o semisedentarios dedicados a sus actividades tradicionales y a trabajar para la Misión a cambio de vestimenta y alimentos (Gusinde 1986:135-6, Martial 1888). La ruptura de los ciclos transhumánticos y la concentración de la población

favorecieron allí la difusión de enfermedades. En 1885, un año después de la instalación de los representantes del Gobierno Nacional en Ushuaia, una epidemia de sarampión acabó con la mitad del millar de Yámanas censados el año anterior (Martial 1888:215). Al año siguiente hizo su aparición la tuberculosis y el censo de la Misión no alcanzó a los 400 indios (T. Bridges 1884, 1892, 1893).

En el norte, los Salesianos no gozaron de las mismas ventajas. Su arribo a Tierra del Fuego tuvo lugar en un ambiente enrarecido por la violencia generalizada. En 1879 Serrano Montaner había llevado a Punta Arenas la noticia de la existencia de placeres auríferos (Martinic 1982). En la década siguiente, las expediciones de Popper (1887, 1891) y Lista (1887) abrieron las vías a la ocupación y la violencia creciente. Este último, en su primer día en Tierra del Fuego, ultimó a una treintena de selk'nam (ibíd.:14). En la década siguiente, cuando se otorgaron las grandes concesiones de tierras, los estancieros implementaron un plan de aniquilamiento sistemático de la población selk'nam. Fueron ellos quienes condujeron las matanzas, contrataron a los cazadores de indios y les proveyeron de armas y perros de caza¹⁰. Martinic (com. pers.) estima que se produjeron al menos quinientas muertes violentas, pero posiblemente la cifra haya sido mucho mayor (cf. Martinic 1989-90:26). Paralelamente, por el sistema de deportaciones forzosas implementado en especial en el lado chileno, alrededor de dos millares de indios fueron deportados, en su mayoría hacia las misiones salesianas (Aliaga Rojas 1984:52, Imaz 1972:68, Martinic 1982:94, 1989-90). Pese a las advertencias de Don Bosco (cit. en Belza 1974:167) y a los esfuerzos de los misioneros (ibíd.:304), la política de reducciones salesianas iniciada en ese momento no logró elaborar una antítesis a la violencia dominante. La separación de las familias, el hacinamiento y las enfermedades y la relación siempre eludida pero nunca completamente evitada con estancieros y policías signaron la historia de las misiones de San Rafael y de la Candelaria, establecidas en 1889 en la isla Dawson y en 1893 en la desembocadura del Río Grande, respectivamente¹¹.

Para el cambio de siglo los Chonkuiuka, parcialidad selk'nam septentrional, había sido barrida de las tierras que ocupaba al norte del río Grande, pese a que se había visto incrementada desde 1894 por los desplazados del territorio chileno (Belza 1974:231, Martinic 1989-90:25). Para esa fecha también habían desaparecido casi totalmente los haush (L. Bridges, 1978:166, Furlong 1917, Gusinde, 1982:119, Holmberg 1906b).

A partir de los primeros años del siglo XX la violencia contra los indios fue cediendo, o al menos dejó ser aplicada sistemáticamente, para perdurar en episodios ocasionales (Gusinde 1982:129, 1986:234, Martinic 1989-90, testimonio oral de H. Allen). En el sur, con el establecimiento de las estancias Harberton y Remolino a partir de concesiones del Gobierno Nacional de 1886 y 1899 respectivamente y el traslado de la misión a la isla Navarino en 1907, los misioneros y ex-misioneros fueron tomando distancia con respecto a los nuevos inmigrantes. Harberton primero, luego Remolino -a medida que los intereses de los hijos de Thomas Bridges se volcaban más y más hacia los Selk'nam y sus tierras- constituyeron los nuevos refugios para los cada vez menos canoeros del canal. Riesenbergr (1939:291) menciona una estimación de Barcalay (1904) de 170 individuos para los primeros años del siglo XX. De alta confiabilidad son las estimaciones de Lawrence (SAMM 1913, cit. en Cooper 1917:4), que contabilizó alrededor de un centenar en 1913. En 1924 Gusinde logró reunir alrededor de 70 yámanas en la estancia Remolino. Aclara que, salvo algunas familias aisladas, este grupo constituía el grueso de la población (Gusinde 1986:138). En el mismo año Lothrop (cit en Riesenbergr 1939:291) estimó un total de 40 a 50 individuos.

En el norte, Cojazzi (1914:16), a partir de los registros salesianos, calculó que en 1907 sobrevivían unos 800 selk'nam, todos ellos refugiados en los bosques más inaccesibles del centro de la isla. De todos modos, la población indígena siguió su declinación. De la misma fuente extrae Imaz (1972:66) la cifra de

375 individuos para 1910. De la mayor confianza es el censo que realizó en 1919 el padre Zenone, con ayuda de Gusinde, por encargo de la Comisión Argentina de Mensura de Tierras. El resultado es de 279 selk'nam, sin contar mestizos (Gusinde 1982:134). Siete años más tarde el padre Tonelli aún estimaba en poco más de trescientos en total de selk'nam supérstites (Gusinde 1982:134).

Más allá de la década de 1920 se hace muy difícil obtener estimaciones sólidas. A partir de varias fuentes, Gusinde (cit. por Imaz 1972:66, cf. Torres, cit. en Kuzmanich 1980:114) considera que en 1945 debía haber cerca de dos centenares de indios en todo el archipiélago. La epidemia de sarampión de 1925 debió ser un golpe muy duro para los grupos supérstites (Chapman 1989:30, W. Bridges, cit. por Riesenbergr 1939:94). De acuerdo a la opinión de Martinic (1982:94, 1989-90:26) en la parte chilena habrían sobrevivido algunas decenas de individuos, al menos hasta la tercera o cuarta década de este siglo. Finalmente, en 1966 Chapman (1989:21 y 48) registró la existencia de quince descendientes de selk'nam, la mayoría mestizos.

Debido a la merma de la población indígena y a las estrategias elusivas que pusieron en práctica, muy tempranamente se implementó un sistema de reclutamiento de fuerza de trabajo para el abastecimiento del mercado regional, orientado a un sector específico: los campesinos *chilotes*¹². Una vez establecido ese sistema, el flujo migratorio se mantuvo, con ciertas fluctuaciones, a pesar de ocasionales intentos de limitarlo legalmente (Agar Corvinos 1985ms, Bayer 1980; Martinic 1988:325, Zamora y Muñoz 1975ms). Aún en 1980 los *chilotes* constituían la mayoría de la población rural (70%) y el 30% de la población total de la provincia argentina de Tierra del Fuego (DPDE 1987)¹³.

Notas

1. *Venient annis saecula seris quibus oceanus vincula rerum laxet et ingens pateot tellus Tethis que novus detegat orbis nec sit terris ultima Thule* (Séneca:1973). Trad. de J. Imbelloni.

2. Pese a estar separado del continente por el Estrecho de Magallanes, el archipiélago presenta gradientes ambientales similares a los de la Patagonia austral, sólo modificados por la evolución latitudinal y, en cierta medida, por el cambio en la orientación de los Andes fueguinos (Bondel 1988:9-13). Por lo tanto, es lícito considerar la existencia de una región física magallánico-fueguina. El clima de esta región es marcadamente oceánico. Se caracteriza por la ausencia de un verano térmico, grandes variaciones estacionales del régimen de luminosidad y presencia de hielos y el congelamiento del suelo durante varios meses del año. En términos bio-ecológicos la región concentra formas y procesos de adaptación relacionados con el límite de distribución de diversas especies: baja diversidad específica; alta sensibilidad a las perturbaciones; sucesiones ecológicas extremadamente simples; formas de adaptación, asociaciones y abundancias relativas endémicas y el predominio de factores intraespecíficos de regulación y competencia sobre los extraespecíficos (Bianciotto et al 1990ms, cf. Franklin 1982, 1983, Zamora y Santana 1979, Winograd et. al 1985).

3. Huesos provenientes de los niveles inferiores de la cueva Tres Arroyos sido fechados en 10.420 ± 100 y 9.250 ± 110 AC (Massone 1983, 1987).

4. Pese a que queda fuera de los objetivos de este trabajo, es preciso mencionar que Aschero (1984) y Borrero (1989, 1989-90), en particular este último, discrepan con los trabajos de síntesis de Orquera (1984, 1987) en que se basa esta descripción.

5. Los fechados más antiguos para las adaptaciones marítimas en el litoral meridional de Tierra del Fuego provienen del sitio Túnel I (6.980 ± 110 AC, Orquera et al 1982) y del sitio 11 de bahía Valentín (5.900 ± 80 AC, Vidal 1988bms).

6. Existen divergencias en cuanto a los nombres, territorios y status atribuidos a estos grupos. Las más notables son respecto a los Haush, que para muchos autores constituían una subdivisión de los Selk'nam. Respecto a esas divergencias véase Cooper (1917) - para los datos de los viajeros más antiguos-, Gusinde (1982, 1986), Chapman (1989) y Vidal (1991, 1992ms).

7. Véase una discusión de las estimaciones demográficas en Vidal (1988). Al considerarse la densidad, debe tenerse en cuenta que, descontando las zonas no habitables, en especial las altas montañas, la población indígena fueguina dispuso de un territorio

total de 35.000 a 38.000 km² (Chapman 1986:14).

8. Cf. Viñas (1982:11). La alianza entre la Generación del 80 y el ejército que salió triunfante del proceso de unificación nacional culminado en Cepeda y Pavón, prevaleció hasta la presidencia de Luis Saenz Peña (1916). Esa élite integró un mercado nacional único y homogéneo, con eje en un proyecto agroexportador basado en la producción latifundista, insertado definitivamente a la Argentina en el sistema mundial capitalista. El avance de la frontera agropecuaria hacia el sur, abandonando la estrategia defensiva (la "Zanja Alsina") se hacía ineludible para la consolidación del proceso de acumulación (visible en la competencia por la Patagonia con la oligarquía chilena) y del vínculo neocolonial con Gran Bretaña. Respecto al proceso paralelo en Chile, cf. Rodríguez U. (1990ms) y Sagret (1985).

9. Los conceptos de frontera y frente económico son empleados en el sentido que define Santos (1991).

10. Los pedidos de exterminio de la prensa magallánica (Aliaga Rojas 1984:48) y los documentos internos de la *Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego*, ofreciendo aportar dos tercios de los fondos necesarios para *clear ... away as soon as possible* los indios de las tierras que acaban de recibir en concesión (Martinic 1989-90:26), dejan pocas dudas respecto a quiénes planificaron el genocidio. Cf. Borgatello (1924:305-13), Martinic (1973, 1989-90:25-26).

El más célebre de los "cazadores" de indios fue McLennan, el "Chancho colorado", administrador de José Menéndez (L. Bridges 1978, J. M. Borrero 1967, Martinic 1989-90:25), quien presumía haber matado a más de cuatrocientos indios (Aliaga Rojas 1984:51). Respecto al empleo de perros de caza, véase Lahille (1926, cf. Pereira Lahitte 1977).

11. Aliaga Rojas (1984:15). La misión de la Candelaria recibió setecientos indios, y la de San Rafael un número aún mayor. Ser enviado a esta última -cuyo emplazamiento insular hacía casi imposible la huída- era la muerte encubierta. En los 22 años que funcionó murieron allí 862 indios (Aliaga Rojas 1984:94).

12. El gentilicio *chilote* se aplica a los nativos de la isla de Chiloé y archipiélagos adyacentes (Xa. Región, Chile). Su aplicación se extiende a las tierras vecinas (i.e. "Chiloé continental"). En la Patagonia austral este gentilicio posee una connotación notoriamente peyorativa (cf. Cavada 1917, Korembly et al 1990:79, Ortega Perrier 1980ms, Zamora y Muñoz 1975ms).

13. Pese a que los valores absolutos se han mantenido relativamente estables, la participación relativa del grupo *chilote* ha descendido a alrededor del 15% para 1991, por efecto del

incremento de la inmigración nacional (DPDE, Encuesta Permanente de Hogares, onda mayo de 1991).

Capítulo II

De la antropología de Tierra del Fuego a la antropología fueguina

La historia reciente

Si la institución militar jugó un papel dominante en la política nacional entre 1930 y 1984, en Tierra del Fuego su papel fue hegemónico. La Armada Nacional monopolizó la política regional durante muchos años. Su responsabilidad se hizo directa a mediados de la década de 1940, cuando se creó la Gobernación Marítima de Tierra del Fuego y se estableció una base Naval en Ushuaia, en las instalaciones que dejaban vacantes el Presidio y la Cárcel de Reincidentes (Ushuaia 1984, Zanola y Vidal 1989). La Gobernación Marítima no sobrevivió a la revolución militar que derrocó al Presidente Perón, pero el papel político de la Armada no se redujo. Entre 1956 y 1984 salvo dos interregnos de gobernadores civiles que suman menos de cinco años, el Territorio Nacional de Tierra del Fuego fue gobernado exclusivamente por marinos (Imaz 1972:147).

La relación Presidio-Base Naval no oculta sólo una ironía. Si bien el reemplazo institucional tuvo importantes consecuencias en cuanto a la militarización de la geopolítica regional, también mantuvo una continuidad estructural respecto al proyecto de colonización penal iniciado en 1904 (García Basalo 1988). Desde la fundación de Ushuaia en 1884, un acto posesorio naval decidido por el gobierno nacional, el desarrollo del extremo austral del país tuvo como objetivo la consolidación de la frontera y la ocupación del territorio (Viñas 1982). El éxito de los proyectos destinados a concretarlo ha sido siempre medido en términos del número de ciudadanos argentinos que se lograba radicar. Fuesen sus actores presidiarios, militares o burócratas, el modelo de desarrollo sufrió pocas modificaciones. el Estado nacional mantuvo la función

clave y la población fueguina siempre dependió del suministro de alguna forma de subsidio estatal. En consecuencia, el advenimiento de la administración naval no hizo sino completar en el plano político el status económico de colonia interna vigente desde fines del siglo pasado (Imaz 1972:183, cf. González Casanova 1970)¹.

Entre las consecuencias de ese modelo de desarrollo a mediados de la década de 1970, es preciso mencionar un profundo estancamiento económico -caracterizado por la caída de la producción en términos absolutos entre 1963 y 1973 (Roitter 1987:8)-; la consolidación de la institución naval como primer inversor, empleador y proveedor de servicios (Imaz 1972:146) y la ausencia de una burguesía regional, dado que las élites dirigentes, tanto en el sector público como en el privado, no pasaban de tener funciones gerenciales (Imaz 1972:183).

El sociólogo José Luis de Imaz (ibíd.) estuvo en Tierra del Fuego entre 1970 y 1971, realizando el trabajo de campo de una investigación sobre la estructura social regional. Es importante recordar los términos en que describe la ausencia de una construcción simbólica de la identidad regional que acompañaba al cuadro trazado, para contrastarlos con el panorama posterior:

En Tierra del Fuego no se ha desarrollado una mentalidad de 'pioneros' ni de fundadores o conquistadores. Y en Ushuaia los criterios se revierten hasta adaptar una forma 'a la australiana'. A veces parecería que, para algunos, hasta argüir una tradición podría ser ominoso. Este 'complejo' de los viejos pobladores, // viene del penal, del mal nombre que Ushuaia tuvo en el país, de haberse desempeñado como guardiacárceles, de reales y presuntas torturas, de los veinte presidiarios que en 1948 se quedaron a vivir en la ciudad ... Así la conciencia colectiva de los viejos pobladores vino a resultar alienada ex post-facto.

(ibíd.:154-55, énfasis agregado)²

Cambios hacia la situación actual

Desde mediados de este siglo el modelo de dependencia funcional de Tierra del Fuego se sostuvo mediante regímenes

fiscales o aduaneros de excepción. En 1956 el archipiélago pasó a ser la única zona franca del país. Finalmente, en 1972 se estableció un sistema de promoción económica basado en un régimen aduanero especial, exenciones impositivas y reembolsos a insumos industriales³. El impacto de esa legislación promocional sobre la economía fueguina se demoró hasta 1977-78 (Roitter 1987:11), cuando la conversión a color del sistema televisivo nacional permitió la reestructuración de la industria de electrodomésticos y la instalación de ensambladoras en Tierra del Fuego. La radicación de nuevas unidades fabriles tuvo su pico entre 1981 y 1983 (ibíd.:12). El auge económico resultante, en contraste con la recesión que vivía el resto del país, originó una fuerte corriente inmigratoria que dio origen al perfil socioeconómico actual de Tierra del Fuego.

Algunos datos permiten apreciar la magnitud de los cambios operados. En la década transcurrida entre 1973 y 1984, el número de empleados de la industria (básicamente electrónica y de electrodomésticos), de la construcción y de la alimentación aumentó en un 900% (ibíd.). La concentración prácticamente total de ese crecimiento en las dos ciudades fueguinas les otorgó un perfil de *boom towns*. La población de Ushuaia pasó de 7.171 habitantes en 1976 a 29.452 en 1991 (DPDE 1976, INDEC 1991).

Entre esos inmigrantes, llegamos a Tierra del Fuego algunos antropólogos, entre ellos yo mismo. A diferencia de los célebres colegas que nos precedieron, no arribábamos para un trabajo de campo más o menos breve. Eramos inmigrantes y llegábamos para radicarnos en Ushuaia. Aún los que no lo hicieron establecieron relaciones muy fluidas con el medio local, impulsados por las necesidades logísticas y políticas de sus proyectos arqueológicos a largo plazo. A diferencia de otros casos (e.g. Stone 1989), los antropólogos fueguinos -por interés, vocación o posibilidad- desarrollamos un gran interés por lo que la gente de Tierra del Fuego pensaba del pasado y de la arqueología.

Biografía de un antropólogo emigrante

Cada generación se siente llamada a reformar al mundo. La mía sabe que no lo reformará, pero que nuestra tarea es aún mayor ... Somos herederos de una historia corrupta, en la que se mezclan revoluciones fallidas, tecnologías fuera de control, dioses muertos, ideologías gastadas, en la que los mediocres tienen poder suficiente para destruir todo, aunque no puedan convencer a nadie, en la que la inteligencia se inclina para servir al odio y la opresión.

A. Camus, *Discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura 1953*

Me radique en Ushuaia, capital de Tierra del Fuego, en 1984. Era el momento del post-retorno democrático. La hora de reconstruir identidades individuales y colectivas, dejando atrás un perverso país de jardín de infantes⁴. La antropología no había salido indemne del "Proceso de Reconstrucción Nacional". Las ciencias sociales habían sufrido una dura persecución. Muchos investigadores y docentes habían sido cesanteados, apresados o asesinados, se habían exilado o habían abandonado la práctica. Esa ofensiva había erosionado el espacio académico de la antropología y la había expulsando de los escasos lugares que ocupaba en el aparato administrativo⁵.

En consecuencia, cuando la antropología del Primer Mundo se comenzaba a cuestionar la complicidad de sus narrativas con la construcción y/o legitimación de la hegemonía de Occidente, los antropólogos argentinos nos hallábamos abocados a reconstruir un discurso profesional de autoridad que permitiera jerarquizar nuevamente la disciplina. Primero debíamos construir nuestra posición de poder. Más tarde llegaría el momento del cuestionamiento. La fundación del Instituto Nacional de Antropología y Folklore, la reapertura de los departamentos universitarios cerrados durante la dictadura, la realización de reuniones nacionales de antropólogos y los proyectos de reglamentación y matriculación profesional que impulsaba el Colegio de Graduados en Antropología eran algunas de las manifestaciones de ese proceso.

Sin embargo, a muchos la transición nos había dejado el regusto amargo de seguir siendo niños. La ausencia de un acción social de desagravio bloqueaba la reintegración, dejando inconcluso nuestro drama social. No habíamos derrocado a la dictadura. Lo había hecho Margaret Thatcher, con una guerra que nos sumió más profundamente en nuestras contradicciones. Tampoco habíamos ganado la democracia. Los compromisos éticos tras los cuales nos habíamos movilizado se habían ido diluyendo y la única forma de crecer que parecía ofrecer la joven democracia era el olvido.

Para los díscolos, los insatisfechos o los ambiciosos, la alternativa era buscar nuevos espacios. Yo elegí la emigración. Tierra del Fuego ofrecía una excelente oportunidad para construir lo que pretenciosamente llamábamos "marginalidad lúcidamente concebida"⁶. Una suerte de relativismo cultural, versión invertida -y empobrecida- del cosmopolitanismo crítico de Rabinow (1986), que amparaba la construcción de distintas analogías. La mía tenía que ver con las distancias y acercamientos entre el etnocidio fueguino y el que acababa de producir el aparato de represión estatal. El terrorismo de estado y los desaparecidos eran cosa del *norte*⁷. En Ushuaia era posible imaginar una crítica social de la violencia que no se basara en exhumar las osamentas de compañeros de nuestra misma generación, sino de indios⁸. Otros desaparecidos que podían ser manipulados con la distancia cultural e histórica que permite la alteridad.

La sociedad fueguina, por su fuerte perfil migratorio, ofrecía un nicho institucional relativamente vacante para los nuevos especialistas en el conocimiento del pasado (Hodder 1984). Como observó Imaz, la memoria oral estaba sumamente devaluada⁹. La historiografía regional había alcanzado algún desarrollo, pero estaba fuertemente sesgada por un marcado énfasis apologético y por el compromiso con la sustentación de las respectivas tesis en los conflictos limítrofes internacionales (Cámara com. pers.).

Los arqueólogos enfrentamos a esa historiografía casi *amateur*, con la seguridad que nacía de nuestro optimismo respecto a los resultados que podían alcanzar una arqueología explícitamente científica¹⁰. Sobre esa base, el conocimiento del pasado indígena fue reivindicado como un campo independiente, sobre el cual ejercer la autoridad exclusiva. En esos mismos años, las investigaciones que habían alimentado los estereotipos etnográficos fueguinos estaban desapareciendo, junto con los últimos indios auténticos. Si bien Tierra del Fuego seguía figurando en el mapa etnográfico en esos términos, el trabajo de Chapman (1986, 1989), prácticamente una etnografía mnemésica, fue el último aporte original a esa tradición etnográfica regional. El proyecto arqueológico con que llegué por primera vez a Tierra del Fuego, en 1980, señalaba esa coyuntura. En parte bajo su influencia, también los etnógrafos se volcaron a la investigación arqueológica (e.g. Chapman 1989, Chapman y Hester 1973). Ese proceso de arqueologización de los indios fueguinos, que aún no había producido un estamento académico institucionalizado de investigadores regionales, junto al distanciamiento crítico de los arqueólogos de los años 80s respecto al uso indiscriminado de la proyección etnográfica (Binford 1968, 1978, 1987, Yellen 1977)¹¹, hacía posible apropiarse y manipular las imágenes etnográficas heredadas con un amplio margen de libertad intelectual.

No obstante, esa libertad debía ser ejercida en un contexto político regional muy especial. El resurgimiento del interés por Tierra del Fuego en investigadores argentinos después de muchos años que marcaba el Proyecto Arqueológico Canal Beagle (Orquera et al 1977) no era independiente de ese contexto. En este, como en otros casos, los antropólogos "seguimos a la bandera" (Fardon 1990:25). El diferendo de límites con Chile por las islas del Canal Beagle -que llevo a los dos países al borde de la guerra en 1978- género en el estado un interés sin precedentes por toda acción que proveyera una expresión de soberanía. Esa relación entre investigación y geopolítica nacional quedo de manifiesto en la

decisión del gobierno militar de construir un gigantesco centro de investigaciones en Ushuaia, el Centro Austral de Investigaciones Científicas. Apenas iniciada la administración democrática, se instaló en él un programa de antropología. Sólo tomando en cuenta esa relación es comprensible que un proyecto de arqueología prehistórica fuese declarado de interés nacional.

En ese contexto, definido por la intersección de un conflicto geopolítico internacional, una tradición etnográfica que se quedaba sin objeto de estudio y una profesión que pugnaba por reconquistar reconocimiento y autoridad en un país que recuperaba el sistema democrático, tuvo lugar mi investigación de tesis de licenciatura (Vidal 1985ms):

[el proyecto] cuyos primeros resultados están aquí volcados, es algo más que el usufructo de una de las escasas oportunidades de trabajar en antropología. Es la búsqueda de una alternativa nueva de incorporación del antropólogo a las realidades regionales de nuestro país. El camino de un ex-alumno que muchas veces importunó a sus profesores con sus cuestionamientos y que hoy intenta demostrarse con hechos que es posible generar nuevas formas de trabajo en las cuales el aporte que se realiza y las satisfacciones que ello produce son amplias ... este intento debe considerarse en conjunto con las inquietudes de muchos jóvenes antropólogos de nuestro país.

Como tantas introducciones, la de mi tesis fue el espacio discursivo para construir y legitimar mi versión de la nueva antropología regional fueguina. Llenando los espacios vacíos con cierta ironía, el mensaje era claro. Lejos de los grandes centros políticos y académicos nacionales, lugares como Tierra del Fuego ofrecían a *jóvenes antropólogos de nuestro país* la oportunidad de explorar *nuevas formas de trabajo* que nos permitieran alcanzar las *satisfacciones más amplias* que redituaba la adquisición de un nuevo status de jerarquía profesional.

Los trabajos de campo arqueológicos de esa investigación tuvieron lugar en bahía Valentín, una bahía ubicada en el extremo oriental de la Isla Grande de Tierra del Fuego que ha permanecido prácticamente desierta desde la desaparición de los indios. La

poética de nuestra arqueología, enfatizaba la figura del vacío, consagrando nuestra formación profesional como la estrategia simbólica para leerlos y apropiarnos de ellos:

Bahía Valentín

*Where the maps are blank in the middle
and the mountains white with snow.
Where flames were the fur that people wore;
looking through their ashes
only the stone 'A' of the arrowhead
left of all their alphabet.*

Richard Kahn, 22/01/85¹²

Esa apropiación simbólica tenía una connotación política muy específica que, parafraseando a Rosaldo (1989), podría ser calificada de "nostalgia nacionalista". La figura del arqueólogo-pionero era el eje de una retórica destinada a consagrar nuestra capacidad para llenar esos espacios en blanco, creando una síntesis discursiva entre antropología y nacionalismo. Una doble apropiación de la historia intelectual y en la política nacional que legitimara nuestra autoridad profesional. La inserción de mi trabajo de tesis en un programa interdisciplinario y en un marco teórico ecologista explotaba explícitamente esa construcción:

[Los] resultados [de esta investigación] apuntan ... no sólo ... al conocimiento de una región hasta hace poco totalmente desconocida sino más aún, a aportar soluciones validas para la incorporación de un importante sector del Territorio Nacional de la Tierra del Fuego hoy totalmente marginado ... en el cual la historia y la antropología aporten la perspectiva sociocultural que permita superar el fracaso de los sucesivos intentos de colonización de península Mitre.

Resguardado del conflicto ético por la desaparición de la escena de indios y misioneros, era posible imaginarse como un moderno pionero. Dotado de los instrumentos científicos para decodificar el pasado y el paisaje, pondríamos ese conocimiento en juego para continuar -y coronar- la colonización fueguina, superando los fracasos anteriores.

Notas

1. El ex-Territorio Nacional de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, provincia desde mayo de 1991, ha sido escenario de los más importantes conflictos internacionales de la Argentina en la segunda mitad de este siglo. En 1978, las distintas interpretaciones del Tratado de límites con Chile llevaron a los dos países al borde de la guerra. Cuatro años más tarde, como resultado de la recuperación armada de las Islas Malvinas, tomadas por Gran Bretaña por ese mismo medio en 1833, la región se vió sacudida por la guerra. Finalmente, pese a que el Tratado Antártico suspende toda reclamación territorial en ese continente, el conflicto entre las aspiraciones argentinas, británicas y chilenas sobre el continente blanco crean un transfondo de tensión permanente en la región.
2. Entre las causas de ese mal nombre que Imaz piadosamente omite, se cuenta el hecho que Ushuaia fungió como lugar de confinamiento político desde la década de 1930 (García Basalo 1988, cf. Rojas 1947). Esa función se acentuó desde finales de la segunda presidencia de Juan Perón.
3. Se trata de los Decretos Leyes Nacionales Nos. 7101/56 y 19640/72, respectivamente. Para una evaluación detallada de los resultados de esta legislación, véase Bondel (1985, 1988) y Roitter (1987).
4. Así calificó a la Argentina de la dictadura María Elena Walsh, en un artículo periodístico tan recordado por su lucidez como por el coraje que tuvo en publicarlo. La suya fue una de las primeras voces que se alzó para sacudir a los argentinos de su silencio cómplice.
5. Respecto al impacto de la represión y censura de la dictadura sobre la producción científica argentina en general, véase CONICET (1984, 1985, 1986), Quesada y Gitlin (1988) y, obviamente, *Nunca Más*, el informe de la Conadep (1984). Respecto a la antropología en particular, véase González (1985:507 y 514) y Madrazzo (1985).
6. Esta expresión, de la que abusábamos en aquel momento, la tomamos de Arturo Sala, co-director del Proyecto Arqueológico Canal Beagle.
7. En el habla coloquial fueguina el norte refiere genéricamente a todas las tierras más allá del Estrecho de Magallanes.
8. En las listas de la CONADEP sólo aparecen dos jóvenes estudiantes de la Universidad Nacional de la Plata, emparentados con familias residentes en Tierra del Fuego. Respecto a la exhumación arqueológica de víctimas del terrorismo de Estado de los años 1976-83, véase Cohen Salama (1991).

. Como muestran los censos, Tierra del Fuego era -y aún es- una sociedad con poco ancianos. La mayoría de los pobladores nacionales -por lo general empleados públicos- regresan al norte al alcanzar la edad de retiro. La autoridad de las familias pioneras, en especial la de los descendientes de los primeros misioneros anglicanos (e.g. L. Bridges 1978, Prosser de Goodall 1978) había entrado en crisis como consecuencia de la posición contraria a la tesis argentina que asumieron en el conflicto limítrofe con Chile y, en especial, en el conflicto de Malvinas.

10. Watson et al (1978). El optimismo de los nuevos arqueólogos respecto a sus métodos ha sido comentada por Gándara (1981:10-1) y Gumerman y Phillips (1978:184).

11. *Vide infra*, Cap. IV.

12. Richard Kahn, periodista y poeta norteamericano, integró la tercera campaña arqueológica a bahía Valentín.